El Magreb. Una visión ecológica

L. Taiqui

Dpto. de Biología, Facultad de Ciencias, Universidad Aldelmalek Essaâdi, 93000 Tetuán, Marruecos

Al sur del Mediterráneo occidental y al norte del Sahara, la parte del continente africano comprendida entre el Atlántico y el desierto de Libia, constituye un territorio geográfico, climático y sociocultural casi homogéneo. Se trata de un espacio mediterráneo en situación intermedia entre Europa y los países subsaharianos. Los geógrafos árabes, refiriéndose a la diferenciación del Norte de África entre el mar y el Sahara, lo denominaron *Jaziret el Magreb* o ?Isla de poniente?. Pero esta diferenciación geográfica nunca fue un obstáculo a los intercambios naturales y culturales.

El clima mediterráneo que se extiende en el Norte de África ocupa una banda costera mucho más amplia que la del sur europeo. En este espacio abierto a las influencias húmedas del Atlántico y del Mediterráneo, contrastadas por los efectos de las montañas del Atlas, el clima mediterráneo ofrece todos sus pisos y matices bioclimáticos y favorece una gran variedad de hábitats y refugios. Al sur de las montañas del Atlas, el contacto con el Sáhara constituye una zona ecotonal de transición entre el clima mediterráneo y el clima desértico tropical. Los patrones de dinámica de este ecotono y su migración espacial hacia el norte bajo el escenario actual de cambio climático, se añaden a la degradación del suelo y la pérdida de productividad para agravar los procesos de desertificación.

Típicamente mediterránea, la diversidad biológica desarrollada en el Norte de África traduce los grandes procesos históricos de la cuenca mediterránea occidental. Sin embargo, existen particularidades ecológicas en los ecosistemas norteafricanos a causa de las propiedades de sus componentes endémicos y singulares. Los pinsapares de *Abies maroccana* o *Abies numidica*, los cedrales de *Cedrus atlantica* y las formaciones de *Argania spinosa* son ejemplos de distintas afinidades biogeográficas paleárticas, mediterráneas y tropicales de la vegetación del Norte de África. Otros ejemplos son conocidos, pero muchos quedan por descubrir.

Los paisajes del Norte de África, poblados desde los orígenes de las civilizaciones, ofrecen muchos rasgos comunes con los demás paisajes mediterráneos. Pero estos paisajes muestran también una serie de particularidades. Además de la aridez y de la degradación de los ecosistemas a causa de las variaciones climáticas y de las presiones humanas, los paisajes tradicionales del Magreb conservan todavía estructuras y elementos singulares totalmente inexistentes en los paisajes mediterráneos de Europa. En particular, los sitios sagrados, venerados y respetados en distintos contextos históricos de religiosidad magrebí, representan los elementos-símbolos más destacados de estos paisajes. En muchos casos, estos sitios forman verdaderos refugios de estructuras ecológicas y especies amenazadas. No obstante, a causa de las condiciones socioeconómicas actuales en el Magreb, ni siquiera estos sitios sagrados están a salvo de los cambios culturales que afectan al conjunto de las estructuras y funciones ecológicas del paisaje. Resulta curioso constatar que uno de los casos extremos de estos cambios se halla en la región más próxima del continente europeo, en donde la conversión de los usos tradicionales a un monocultivo ilícito de exportación traduce una de las consecuencias dramáticas de la globalización.

En relación con estos aspectos, los trabajos incluidos en este monográfico tratan de la desertificación, restauración ecológica en los pastizales estépicos, conservación de paisajes tradicionales, diversidad biológica de los invertebrados acuáticos e insostenibilidad de los paisajes del *Cannabis*. Esta variedad hay que considerarla sólo como una muestra reducida, sin ninguna pretensión de representatividad, de la investigación ecológica en el Norte de África. De hecho, este monográfico de **Ecosistemas**, no hace sino incrementar la larga relación de estudios que sobre este territorio se han realizado desde hace más de un siglo. Eso sí, por diferentes razones puede considerarse como novedoso y, hasta cierto punto, bastante esperanzador para la cooperación científica hispanomagrebí. El monográfico ofrece la posibilidad de examinar algunas temáticas y constatar ciertas perspectivas comunes entre los ecólogos mediterráneos.

Las diferencias o particularidades de los ecosistemas norteafricanos pueden constituir piezas enriquecedoras de la diversidad del mundo mediterráneo o representar riesgos y amenazas. En ambos casos, la ecología mediterránea en su totalidad está concernida. Con respecto a los ecólogos magrebíes, a pesar de las políticas de cooperación científica, todavía muy limitadas entre los países del Magreb, el reto sigue siendo, por tanto, fomentar su colaboración sea de forma directa o a través de las oportunidades actuales ofrecidas por la cooperación euromediterránea.